

XX. Mucho mas tendria yo que decir, si quisiera contar todo lo que se sabe sobre este particular asi de los que ya han muerto, como de los que viven aun. Baste lo poco que he referido para juzgar de los demás, atendiendo á que el corazon de María es ahora tan generoso como siempre. Acaso hubiera hecho mejor en decir de una vez que tengo por cosa indudable que todos cuantos han perseverado en nuestra compañía (y lo mismo me persuado de las otras religiones bien ordenadas), lo han debido al favor de nuestra señora, aunque no se haya dejado ver su mano tan claramente en todos como en los pocos que he mencionado. Digo que han perseverado, porque me acuerdo de un hecho memorable que se cuenta en la vida de S. Francisco de Borja, tercer general de la compañía. Visitando este un dia el noviciado de Roma y preguntando á los novicios qué santos habian escogido por patronos, se incomodó mucho porque algunos no contaban entre ellos á la virgen María, y dijo al maestro que velase por la salvacion de aquellos jóvenes, pues temia no perseverasen en la religion. El resultado mostró que no habia dicho ligeramente estas palabras, porque se observó despues que todos los que el santo general habia recomendado al maestro de novicios, sin exceptuar uno, dejaron la religion y se volvieron al siglo en diferentes épocas. Yo por mi parte me creo obligado á dar este testimonio de la verdad: en los años que he tenido á mi cargo la direccion de las tiernas plantas de nuestra compañía, he indagado diligentemente los rastros de la conducta de Dios y los diversos impulsos que habian obrado en el ánimo de aquellos jóvenes para entrar en la órden, y no he encontrado uno que no confesase que despues de Dios era deudor de la gracia de su vocacion á María santísima creyendo tener indicios muy evidentes de ello.

XXI. Sea esto dicho en honor de la reina de los án-

geles, á la cual corresponde como á madre comun proveer á todas las órdenes religiosas y servir de guia á aquellos á quienes mira el cielo con ojos benignos. Esperamos el tiempo en que la veamos como la describió David (1), sentada á la derecha del rey su esposo é hijo y rodeada de gran variedad de siervos y siervas de Dios, á quienes ha llevado por las sendas seguras de los consejos evangélicos al goce de una felicidad perdurable, para que todos en armonioso concierto canten sus alabanzas y pregonen por siempre sus grandezas.

QUINTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE MARIA ES EL VERDADERO MODELO DE LIBERALIDAD PARA CON LOS SUYOS.

Platon en diversos lugares de sus diálogos pinta al amor todo destrozado, descalzo de pie y pierna y muy descompuesto, queriendo á mi juicio dar á entender por esta figura que es un maniroto que lo da todo y no se queda con nada. A la verdad el amor y la cicatería son dos cosas que no se compadecen fácilmente. Dios mismo manifiesta su amor á los hombres distribuyéndoles beneficios, y cuanto mayor es su amor, tanto mas magni-

(1) Salm. XLIV.

fico es en sus dones. Por eso como la Virgen es la que se acerca mas que ninguna criatura á esa inmensa grandeza, pide la razon que se aventaje en liberalidad á todas ellas y especialmente para con los suyos. Voy á probarlo en este capitulo.

§. I.—Que la Virgen es el verdadero modelo de liberalidad para con los suyos.

I. Dios dijo una cosa tan verdadera como grande á su siervo Moisés, cuando le prometió mostrarle todo bien (1), porque dejándose ver él descubre el bien que contiene todos los demas bienes, que es la idea de todos ellos y en quien la nada misma desea ser algo, como dice S. Dionisio (2). Le descubrió lo único que es capaz no solo de satisfacer el corazon humano, sino de hacerle dichoso y bienaventurado. Le descubrió la fuente de donde mana todo bien, y el fin á donde va á parar, si no quiere perder su bondad. ¿Me atreveré á trasladar la atrevida proposicion del Idiota, que dice (3) que hallada María se halla todo bien? No dudo que esto se dice con una grandísima diferencia entre Dios y la Virgen, porque aunque en ambos se encuentra toda suerte de bienes, en Dios están como en su fuente y en la Virgen como en un arroyo. Dios los posee de sí y por sí; la Virgen los tiene de él. Cuando Dios los da, toma de lo suyo propio: la Virgen no da sino lo que ha recibido de Dios. Pero fuera de eso no deja de ser cierto que el que halla á María, halla toda suerte de bienes. Léese en la historia de Francia que el rey Carlos IX regaló á una dama una sortija de oro, en la que se leían estas palabras: Quien me tiene, no há menester de nada. Bien

(1) Exod., XXXIII.

(3) Contemplat. de B. Virg.

(2) De divín. nomín., c. 4. in proem.

considerado, esta es la divisa de Dios solo, y despues de él de la que puede enriquecer á los suyos y darles cuanto desee su corazon. Porque si el Sabio pudo decir con verdad (1) que el que adquiere un amigo fiel, halla un tesoro; ¿con cuánta mas razon se dirá de aquella, cuya gracia vale mas que la amistad de todo lo que hay en el mundo fuera de Dios? ¡Oh qué bueno era oír á Faraon, que decia á cuantos recurrían á él pidiéndole alguna cosa: Id á José! Por otra parte este escribia á su anciano padre y á sus hermanos: Venid á mi, y os daré todos los bienes que hay en Egipto. Pero mucho mas agradable es oír al Salvador, que responde á los que le piden alguna gracia: A mi madre, á mi madre; y la Virgen les grita cuanto puede: A mi, á mi, que debo de distribuir todas las gracias del cielo. Habiendo manifestado yo en el capitulo X del tratado anterior que el Salvador no comunica á los hombres ninguna gracia que no pase por las manos de su madre; mucho mas debe de creerse esto de aquellos á quienes María quiere con tanta ternura, y en favor de los cuales emplea principalmente todo su valimiento.

II. Para aclarar mas este punto conviene notar que el filósofo, fundado en el consentimiento general de la antigüedad, segun dice, enseña que todo lo que merece el nombre de bien, se puede referir á tres órdenes. El primero comprende los bienes que estan fuera de nosotros y que llamamos comunmente bienes de fortuna, como son las riquezas, los honores, las grandezas, la nobleza, los hijos, los amigos, los sucesos prósperos y otras cosas semejantes. El segundo abraza todos los bienes del cuerpo, es decir, la salud, la constitucion vigorosa, la fortaleza, una larga vida y demás. En el

(1) Eccli., VI.

tercero se incluyen los bienes del alma, á saber, la buena indole, un juicio recto, la habilidad, la ciencia, las virtudes y todos los dones de gracia y de gloria. Siendo esto así, me dirijo á mis devotos lectores convidándolos á que den rienda suelta á sus deseos y recurran á la Virgen santísima no solo con confianza, sino con la seguridad de que no pedirán á tan buena madre cosa que no alcancen, siempre que sea para su mayor bien. Y sepan que nunca agotarán los tesoros de su liberalidad; al contrario cuanto mas reciban, mas les queda que recibir. Por aquí podemos juzgar de nuestra suma dicha. Conozco que mis lectores la estiman grandemente; pero para su satisfaccion quisieran ellos ver las pruebas de la proposicion sentada por mí. Condesiendo gustoso.

§. II.—De la liberalidad de la madre de Dios para con los suyos respecto de los bienes exteriores de cuerpo y de fortuna.

La Virgen distribuye los bienes de fortuna.

I. Ea, pues, queridos hijos de la Virgen, manifestad resueltamente vuestros deseos, porque me parece ver á nuestra buena madre con la llave de oro que abre la mano liberal de Dios, de donde se saca toda suerte de bienes, convidándoos á pedir e algo. Mostradle solamente qué es lo que deseais.

II. ¿Pedis facultades y conveniencias? Desde luego os podria decir lo que su hijo respondió un dia á una madre ambiciosa: No sabeis lo que pedis. El Apóstol nos dice (1) que los que quieren hacerse ricos, caen en tentacion y en lazo del diablo y muchos deseos inútiles y

(1) 1 ad Timot., VI.

perniciosos, que anegan á los hombres en muerte y en perdicion. Maria no puede consentir en daros á ese precio lo que pedís, y estoy seguro de que no lo tendreis. No obstante si los bienes sirven para encaminaros á vuestro fin, no dudeis que os los concederá. Salga fiador de esta verdad el abad Teodoro, el cual como hubiese faltado el trigo en su monasterio al rededor del domingo de Ramos, fiesta de gran concurrencia de los fieles de la comarca, mandó al cillerero llevar al altar de la Virgen la poca harina que quedaba. Hecho esto se puso el abad en oracion y suplicó á nuestro Señor por la intercesion de su santísima madre les diese con qué sustentar á los romeros y devotos. Al dia siguiente arribaron de Chipre hasta treinta barcos cargados de trigo para la provision de muchos meses; con lo que bendijeron todos á Dios y á la virgen Maria. S. Gregorio Turonense cuenta (1) que en Jerusalem habia un monasterio dedicado á la madre de Dios y ricamente dotado para atender á las necesidades de los pobres peregrinos. No obstante aconteció un dia que por diversos accidentes se vieron reducidos los monjes á tan apurada situacion, que no solo no tenian para socorrer á los extraños, sino que ellos mismos sufrían gran escasez. Acudieron pues al abad y le rogaron discurriese algun arbitrio para remediar el hambre que los afligia, ó los permitiera salir para buscar su sustento. El abad los sosegó con palabras blandas diciendo que la que habia dado al mundo el trigo celestial, no permitiria que llegase á faltar grano en su propia casa: acto continuo los llevó á la iglesia y pasaron la noche en oracion. A la mañana siguiente se encontró el granero tan atestado de trigo, que costó sumo trabajo abrir la puerta. Otra vez en un apuro semejante despues de practicada

(1) De gloria martyr., c. 42.

la misma diligencia como entrase el sacristan en la iglesia para descubrir el altar segun costumbre, le encontró cargado de oro y plata, para enseñar á los hijos de tan buena madre á que no desconfien de ella en sus necesidades. Aquí podria yo añadir que los padres de la Compañía que echaron los primeros cimientos de nuestra casa de Loreto, destinada al servicio de la Virgen santísima y de los devotos peregrinos, experimentaron mas de una vez la mano caritativa de la reina de los ángeles en sus necesidades ya en la multiplicacion de las provisiones, ya en el socorro inesperado de la extrema escasez que padecian con frecuencia.

Maria hace medrar en las honras y dignidades.

III. ¿Pedís adelantar en empleos, honras y dignidades? Mucho me temo que no le guste semejante peticion, porque el Crisóstomo asegura (1) que es muy difícil no ofuscarse con el esplendor de las grandezas y que se necesita una virtud sobrehumana y casi angélica para despreciar las honras con que nos brinda el mundo. No se crea sin embargo que digo esto por esquivar; al contrario si es para vuestro mayor bien y habeis de hacer el uso debido, os prometo que nuestra señora os sentará en el trono de honor y de gloria.

Maria ordena los sucesos prósperos.

IV. ¿Pedís que os salgan prósperamente vuestros negocios? Acordáos de lo que sucedió al emperador Heraclio y á su hermano Teodoro. Este con el favor y bajo la conducta de la madre de Dios acometió en el año 625 á al-

(1) Homil. 45 ad popul. antioch.

gunas tropas persas mandadas por Sain, capitán del rey Cosroas; y el monarca mismo daba tanta importancia á este ejército, que escogió hasta cincuenta mil hombres llamados *crisoloras*, es decir, el batallón de oro. Mas la Virgen protegió de tal suerte á Teodoro en esta empresa, que los derrotó á todos y consiguió una completa victoria, siendo de notar que mientras los enemigos eran molestados de una furiosa tempestad de granizo y piedra, los romanos gozaban de un tiempo sereno. Mucho mas memorable fué la victoria que alcanzó Heraclio al año siguiente, pues de resultas recobró la cristiandad la santa cruz que tenian cautiva los bárbaros. Parecia que todo le era adverso, porque ya habia empleado siete años en la guerra pèrsica, y los turcos que habian entrado en Persia, le fueron abandonando unos tras otros. Recurrió pues á la madre de Dios, y habiéndose encomendado á ella juntó sus soldados y les dijo: «Queridos compañeros, bien veis, sin que yo os lo diga, que todos nos abandonan y que no tenemos de nuestra parte mas que á Dios y á su santa madre. Pero ánimo, pues el cielo abraza nuestro partido: por mí tengo firme confianza de que acabará lo que ha comenzado tan felizmente.» El éxito confirmó su prediccion, porque derrotó al ejército persiano sin perder mas que cincuenta de los suyos, y habiendo tenido él mismo un reencuentro con el general Razates que sucedió á Sain, le derribó en tierra. Asi es que este piadoso principe tenia tal confianza en la madre de Dios, que habiendo sido proclamado emperador en Africa, enderezó el rumbo á Constantinopla con una armada de muchas naves escogidas, en cuya parte superior se veian unas torrecillas primorosamente trabajadas con la imagen de la Virgen santísima, á quien habia tomado por su tutelar.

María da hijos.

V. ¿Pedis sucesion? La prudente y virtuosa Ana, madre de S. Esteban el menor, os enseñará á quien habeis de recurrir. Ya llevaba algunos años de casada sin haber tenido un hijo varon: un dia sintió impulsos extraordinarios de ir á quejarse y suplicar á la Virgen. Estando en la iglesia de Blaquernes cerca de Constantinopla pidiendo encarecidamente á nuestra señora le diera un hijo con la condicion de que le dedicaria á su servicio, se durmió y á poco le pareció ver á una señora de extraordinaria majestad, que la empujó con el pie diciéndole: «Levántate: se te ha concedido el hijo que deseas.» Después de nacer este no dejó ella de volver con su marido al mismo lugar donde habia recibido la promesa, para presentar á la Virgen el niño obtenido por su intercesion. El suceso demostró que la ofrenda era agradable, porque á la edad competente el hijo se hizo religioso y ganó la corona del martirio por defender valerosamente el culto de las imágenes. ¿Quién no se ofenderia si yo hubiese pasado en silencio á la piadosísima reina Blanca, madre de S. Luis, que por la Virgen obtuvo este portentoso de principes y esta preciosa joya para el cielo? Todo el reino veia con sentimiento que aquella princesa no habia dado aun sucesor á su marido Luis VIII llevando muchos años de casados; y ella misma sentia grandemente esta desgracia. En su afliccion recurre á santo Domingo, de quien decia la fama que alcanzaba cuanto pedia á María santísima, y le ruega que le alcance un hijo. El santo prometió á la reina que si queria trabajar para promover la devocion del rosario, que él habia instituido por disposicion del cielo, lograria lo que deseaba. Dicho y hecho: Blanca trabajó para promover aquella devocion, y Dios le concedió un hijo, que fué modelo de monarcas cristianos. Si yo quisiera hablar aquí

de sucesos contemporáneos, podria decir que en nuestros dias despues de haber puesto el rey de Francia su reino bajo la proteccion de la virgen María presentó su augusta esposa al delfin en los altares de la misma señora y protestó públicamente en la catedral de Paris que le debía á las oraciones hechas sin interrupcion por espacio de veinte y dos años para obtenerle.

Pasemos de Francia á España, y veremos que el insigne S. Ildelfonso fué tambien hijo de oracion y vino al mundo por intercesion de aquella á quien tanto habia de honrar en su vida. Lo mismo sucedió con el hijo de santa Brigida, porque estando de parto esta virtuosa mujer, se le apareció una señora de presencia divina y vestida de blanco y le pasó suavemente la mano por el cuerpo; con lo que quedó tan consolada la parturienta, que terminó felizmente su alumbramiento.

María les proporciona el bautismo y la vida.

VI. Acaso se me diga que de poco sirve alcanzar hijos, si estos no reciben el bautismo y la vida. Mas no creais que la Virgen niega estas gracias cuando se le piden con confianza. Eustatio, escritor docto y fidedigno, cuenta en la vida del patriarca de Constantinopla Eutiquio que habiendo sido arrojado de su silla este gran siervo de Dios por los años de 564 hácia el fin del imperio de Justiniano se marchó á Amasia, ciudad del Ponto en el Asia. Al punto se divulgó su fama, y á consecuencia de ello fué á buscarle un tal Androgio con su mujer rogándole alcanzase de Dios que la criatura que esta llevaba en el vientre, viviese y no sucediera como con los otros, que habian muerto todos á poco de nacer. El santo ungió á los dos esposos con un aceite maravilloso manado de la santa cruz y otro de la imagen de nuestra señora de Sozópolis, de que se ha hablado mas atrás, mandando

que al primer hijo que tuvieran, le pusiesen el nombre de Pedro y al segundo el de Juan y que seguramente vivirían. Con efecto sucedió como había pronosticado el santo varón. Mucho mas admirable es lo que voy á contar y he sabido por Justo Lipsio, escritor puntual y grave, á quien no se atreverán á sospechar de mentira los mismos herejes. Dice que en el año 1428 aconteció que en el lugar de S. Hilario no lejos de Cambrai la mujer de Esteban Morel parió un niño muerto: de lo cual se afligió ella sobremanera, porque la criatura no había recibido el santo bautismo. No obstante aun le quedaba una secreta confianza de que nuestra señora de Hault, á quien acostumbraba visitar todos los años, la socorrería en aquella aflicción. Pasados quince dias rogó encarecidamente á sus parientes fuesen al huerto donde había sido enterrado el niño, diciéndoles que esperaba le encontrasen vivo. Después de reiteradas instancias los parientes solo por contentarla fueron al huerto y encontraron al niño encarnado y solamente un poco lastimado de la mejilla sobre que había cargado la tierra. Lleváronle al inmediato lugar de Vertenguel y llamaron al cura, y como en su presencia hubiese arrojado el niño sangre por las narices y abierto los ojos y la boca mas de una vez, no tuvo el párroco reparo de conferirle el bautismo delante de mas de setenta testigos. Recibida el agua sagrada, el niño dió aun otras señales de vida por espacio de cinco horas y después espiró tranquilamente.

Maria restituye y conserva la salud.

VII. ¿Pedis por ventura la salud? En verdad esta es el instrumento general de los mas de nuestros actos y sé muy bien que los antiguos la ponian en primer lugar entre los bienes del cuerpo. La madre de Dios la tiene en su mano: solo citaré un ejemplo, pero señalado en

todas sus circunstancias. Habiéndose hecho católico el marqués de Baden, principe luterano de Alemania, fué herido en un brazo con arma de fuego en un motin ocurrido en la ciudad de Colonia; y hallándose en evidente peligro de muerte hizo voto de que si recobraba la salud, llevaria él mismo una ofrenda al santuario de nuestra señora de Loreto. Inmediatamente comenzó á sentir mejoría y al poco tiempo sanó, aunque no podia manejar el brazo. Este primer favor le dió esperanza de alcanzar otro confiando en que la que había comenzado la obra, no la dejaria imperfecta. Animado de estos sentimientos marchó á Loreto para cumplir su voto y dar gracias á la madre de Dios, como lo hizo con mucha devoción por espacio de dos dias enteros después de presentada una rica ofrenda. Habiéndose retirado á descansar la noche de Navidad, que era la tercera de su llegada, á poco de dar las doce vió en sueños á la reina del cielo vestida de blanco, la cual le miró con ojos benignos, le exhortó á tener buen ánimo y cogiéndole el brazo herido se le dejó sano y sin lesion alguna. En esto despertó el marqués y comenzó á manejarle extendiéndole y haciendo otras pruebas para convencerse de que estaba curado enteramente, y sin aguardar á que amaneciera se levantó á publicar el milagro y dar gracias á nuestra señora. Esta maravilla debidamente atestiguada consta en el archivo del santuario. No contento con eso el piadoso principe determinó ir á dar parte de lo que había ocurrido al sumo pontífice Gregorio XIII, quien le recibió con singulares muestras de benevolencia. Después se restituyó á su patria, donde manifestó á todos que había sido aun mas favorecido en el alma que en el cuerpo, porque empezó á trabajar extraordinariamente en la conversión de sus súbditos; pero murió á poco, habiendo fundadas sospechas de que aceleraron su muerte los enemigos de la gloria de Dios.

Paso ahora á hablar de las gracias mas importantes que nuestra señora dispensa ordinariamente á los suyos.

§. III.—De la liberalidad de la madre de Dios para con los suyos con respecto á los bienes del alma y especialmente el talento y la ciencia.

I. Los escritores que han publicado las maravillas de la madre de Dios, se han detenido mas á menudo en las gracias corporales impetradas por su intercesion. No me admiro de esto, atendida la disposicion ordinaria de los hombres, en quienes parece no hacer sensacion mas que lo que toca al cuerpo. Si tuvieran los ojos del alma tan perspicaces como los de este ó si las gracias interiores fueran tan visibles como las exteriores; habria materia para escribir volúmenes sin comparacion mas abultados que los que se han compuesto sobre curaciones milagrosas y otros beneficios corporales. Con efecto como nuestra señora aprecia infinitamente mas el alma que el cuerpo, se complace mas en enriquecer aquella que en perfeccionar este, y aun por lo comun esos beneficios exteriores no son mas que un cebo para darla á conocer y amar á fin de facilitar por este medio la comunicacion de sus gracias mas exquisitas. Esto no obstante el que quisiera hacer mas diligente averiguacion de los bienes espirituales que ha conferido Maria santissima á sus siervos, tendria para componer muchos tratados; pero como no es ese mi intento, me contentaré con apuntar algunos, que sirvan como de introito á los que quierán adquirir mas amplios informes. Maria tiene, digámoslo asi, un almacen de esos bienes verdaderos siempre abierto para sus amigos: no hay sino recurrir á ella en buena forma.

El talento.

II. Principio por el talento, que es una perfeccion excelentemente propia del hombre y que le ensalza sobre los demas tanto como naturalmente se aventaja él á los otros animales. Con razon podriamos llamarle el alma de alma, porque esta sin él es como una hoja sin filo, una daga sin punta, un fuego sin llama, un cuerpo sin movimiento, una casa sin dueño, una nave sin piloto. El es el ingeniero que ha inventado las artes y ciencias y ha descubiertó al mundo tantas maravillas y portentos, el que da valimiento á los hombres, y por este motivo es de inestimable precio entre ellos. La madre de la sabiduria increada daria mejor parte de este don á los suyos, si no fuera una espada de dos filos, con la que es tan fácil cortarse como hacer una cosa útil. Con todo no deja de dotarlos aventajadamente de esta preciosa calidad cuando juzga que ellos podrán lucrarla tanto para gloria de Dios como para su bien particular. Nuestro siglo suministra entre otros muchos ejemplos uno notable en la persona del P. Juan Gontery, cuya fama traspasó los limites de Francia y llegó hasta las naciones extranjeras. Una persona muy calificada de quien lo he sabido yo, le oyó decir que al principio cuando entró en la compañía de Jesus, tenia el entendimiento muy rudo y tardo y que se sintió movido de superior impulso á recurrir á la madre de Dios para rogarla que se le desbastara, si preveia que habia de ser para gloria de su hijo y suya. Continuó sus súplicas por algun tiempo y advirtiò que su entendimiento se despejaba cada dia mas: pocos ignoran en Francia hasta dónde rayó su talento. Enrique Delson, coadjutor de nuestra compañía, que murió en Saint-Omer el año 1613, era al principio tan rudo de entendimiento, que no podia aprender nada. Muchas veces se quejaba de si mismo

y de su memoria, que era una verdadera criba, donde no podia parar ningun documento espiritual. Al fin un día en que ofrecia su cuerpo y su alma á la Virgen para servirla siempre, sintió como que un rayo de luz iluminaba su entendimiento; lo cual fué tan cierto, que todos se pasmaron de verle de allí adelante repetir los sermones enteros y adelantar tanto en tan poco tiempo, que no habia teólogo por profundo que fuese, que no pudiera aprender de él: tan entendido era en las cosas espirituales.

La ciencia. Herman Contracto.

III. La ciencia es el ornamento del entendimiento como este es la gloria del alma, y un talento sin ciencia se asemeja propiamente á un hombre que no puede valerse mas que de una mano. Tambien es un instrumento de si indiferente y capaz de hacer tanto mal como bien; por lo cual la madre de las ciencias se muestra mas reservada en hacer dádiva de ella temiendo poner unas armas peligrosas en manos de sus queridos hijos. Pero cuando los ve dispuestos á hacer buen uso, no es avara de sus tesoros; y aunque las mas veces derrama la ciencia en el alma de los suyos de un modo casi imperceptible y sin que ellos lo adviertan, bendiciendo extraordinariamente el estudio y el afan que emplean para adquirirla; sin embargo otras veces lo hace tan visiblemente, que no queda duda de que es un presente de su mano. En el capítulo IV hablé del beneficio que dispensó á Alberto Magno: ve aquí el que otorgó á Herman de Suecia, descendiente de la esclarecida familia de los condes de Veringhen. Padeció tanto desde su niñez, que no podia andar sino encorvado; de donde le vino el cognomento de Contracto. Tomó el hábito en el monasterio de benedictinos de S. Galo, y estando allí supo que aquella deformidad corporal impedia notablemente

las funciones del alma y los ejercicios de la religion; por lo cual recurrió á la madre de Dios, en quien tenia singular confianza, suplicándola encarecidamente le librase de aquel impedimento para servir á su hijo y á ella con mas prontitud y alegría espiritual. En el fervor de la oracion se le apareció nuestra señora, y dándole á escoger entre quedar libre de su deformidad ó recibir la ciencia como don gratuito, le abrió los ojos del entendimiento para que hiciera una eleccion racional, como la hizo prefiriendo esta rica joya del alma á la salud del cuerpo. No bien dió su consentimiento, cuando de rudo que era y casi tan mal formado de espíritu como de cuerpo se volvió muy ingenioso y discreto; de suerte que mediante alguna diligencia de su parte adquirió un cabal conocimiento de la sagrada escritura, de la filosofía, de la astronomía, de la música, de la poesia y de las lenguas latina, griega y arábica, necesarísima entonces para la inteligencia de los filósofos árabes, que eran los mas afamados; en una palabra llegó á ser un pozo de ciencia, la maravilla de su época.

El abad Ruperto.

IV. Lo mismo sucedió poco tiempo antes á Ruperto, abad de Tuits en Alemania. Este varon espiritual tenia tan grandes deseos de entender las santas escrituras como poca capacidad para comprenderlas; no obstante la aficion le dió ánimo, y la confianza que tenia en la reina del cielo, le hacia esperar conseguir por su intercesion lo que deseaba. En efecto fueron tantas y tan encarecidas sus instancias, que al cabo le dijo un día nuestra señora: «He oido tus súplicas y otorgado tu peticion; te son franqueados los arcanos de las sagradas escrituras, de suerte que no tienes hoy igual; no obstante cuida sobremanera de no fiarte tanto de este don gratuito que no trabajes con

todas veras para poseer la inteligencia de aquellas, si no quieres hacerte indigno de mi bondad.» Añadió á mas otras particularidades que nos ha ocultado la humildad del favorecido abad. Desde entonces se consagró con todo ahinco al estudio de la ciencia celestial y casi siempre estuvo empleado en él hasta su muerte, y para hacerlo con mas libertad dejó los negocios temporales del monasterio. En cuanto á su aprovechamiento lo dicen bien sus escritos sin necesidad de que yo me canse en declararlo.

S. Felipe Benicio.

V. A estos dos insignes siervos de la Virgen añadiré otros dos, cuya vida y conversacion fueron enteramente celestiales, y sus sentimientos de devocion á la reina del cielo muy extraordinarios. El primero es S. Felipe Benicio, propagador de la orden de los servitas y apellidado el apóstol de la Virgen. Este ilustre varon, de quien hablé en el anterior capitulo, se unió en calidad de lego á los siete fundadores de la orden; pero aquella señora que le habia escogido para trompeta de sus alabanzas y le habia dotado de ciencia infusa, le sacó bien pronto de las tinieblas y la oscuridad para ponerle sobre el candelero como brillante antorcha que habia de alumbrar á la iglesia. Yendo una vez de camino se encontró con dos padres de santo Domingo, que le propusieron algunas cuestiones: él desde luego las resolvió muy hábilmente, y como poco á poco le fuesen metiendo en las mas profundas dificultades de la teología, las zanjó con tanta facilidad y tan clara y acertadamente, que los religiosos quedaron pasmados y le apellidaron un pozo de ciencia divina. Él viéndose descubierto se echó á sus pies y los conjuró que no hablaran de semejante suceso; pero ellos no quisieron prometerlo; al contrario en cuanto llegaron á Sena, fueron á buscar á los servitas, que comen-

zaban á fundar en aquella ciudad, y les descubrieron el tesoro que tenian escondido. Desde luego Felipe fué ordenado sacerdote por mandato expreso del papa y luego creado apóstol de la Virgen y general de la orden, la que gobernó y propagó en términos que mereció á juicio de todos ser llamado padre y fundador de ella.

S. Silvestre de Monte Fanon.

VI. S. Silvestre, fundador de la orden que lleva su nombre, pagaba con su gratitud y devocion los muchos favores que habia recibido de la virgen Maria: esta por su parte añadia gracia sobre gracia y se complacia en pagar los intereses de los intereses. Una noche que Silvestre estaba conversando en la oracion con su dulcísima madre, fué llevado en espíritu al establo donde nació el rey del universo, y de allí trasladado á una iglesia hermosísima y puesto delante del altar mayor, donde se le apareció la Virgen resplandeciente de luz y le preguntó si estaba dispuesto á recibir el cuerpo de su amado hijo. Silvestre respondió que su corazon estaba pronto á hacer todo lo que ella tuviese por bien de mandar. Entonces Maria le presentó el santísimo sacramento con sus benditas manos, y con esta prenda preciosa, donde se encierran todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, le comunicó una luz celestial tan copiosa, que no hubo lugar de las sagradas escrituras de que no tuviese cabal conocimiento, por oscuro y difícil que fuera.

§. IV.—De la liberalidad de la madre de Dios para con los suyos respecto de las virtudes.

I. La virtud tiene singulares privilegios y entre ellos uno inestimable, que el filósofo reconoció diciendo que es una calidad tan casta, tan santa y tan divina, que no